

DE LA RAZÓN

PERIÓDICO LITERARIO

Agosto 13 de 1883.

MONTEVIDEO.

Vol. I.—Núm. 2.

LOS AMORES DE MARTA

POR

CÁRLOS MARÍA RAMÍREZ

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO SEGUNDO

PERCANCES DE LA LITERATURA DEL DOCTOR NUGUÉS

VENCEDORA de la fiebre tifoidea! En los primeros días de la convalecencia, Marta parecia mas bien una vencida. —Durante un mes habia oscilado su existencia entre la calma destructora de un sueño letárgico y las hondas perturbaciones de un delirio melancólico, que se revelaba en gestos de mortal tristeza, de indefinible angustia, ó en palabras indicadoras de congojosos desvarios, de fatídicas visiones.—Sin carnes y sin fuerzas, angulosa, desencajada, cadavérica, conservaba además en su fisonomía y su actitud la misma expresion dolorosa de las horas del delirio melancólico.—Con esfuerzo penoso habia reconocido á sus abuelos y recobrado la plena conciencia de la vida. Su memoria flaqueaba así mismo con frecuencia, y en la noche, la aquejaban todavia alucinaciones pavorosas.

Con suma lentitud fueron teniendo reparacion estos estragos. —El primer dia que la levantaron de la cama, sufrió Marta una profunda crisis nerviosa, que llevó el espanto al alma de los suyos.—Por fortuna, estaban allí algunos de los médicos.—Explicaron ellos á D. Francisco y doña Emilia la causa de aquel llanto histérico de la convalescente, y lograron dejarlos tranquilos.—Esa crisis nerviosa fué bastante pertinaz; se repitió durante varios días á la hora de levantarse Marta, aunque disminuyendo gradualmente de intensidad y duracion. Mas persistente aún era la postracion de ánimo.

—Sabes lo que tengo ahora, dijo un dia á Orfilia Sanchez, en son de confidencia; tengo pereza de vivir!

Esta frase llegó mas tarde á oídos de doña Emilia, que la transmitió á D. Francisco. Ambos quedaron aterrados.—Por una cavilacion sepesteriosa, pareciales ahora que Dios les queria dejar á su nieta y era ella quien se resistia á vivir!

A instancias del Sr. Valdenegros, todos los médicos se reunieron de nuevo en gran consulta.—El resultado fué tranquilizador.—Si el restablecimiento no era tan rápido como se habia esperado al principio, no asomaba, sin embargo, ningun sintoma alarmante, ninguna complicacion peligrosa. Solo era de estrañarse que la convalescente no hubiese recobrado el apetito.—Se alimentaba con dificultad y repugnancia.—Cómo á la larga pudiera esto traer consecuencias funestas, opinaron los médicos que la convalecencia debia terminarse en el campo.—Aire puro, torrentes de luz, espectáculos nuevos y pintorescos,—eso necesitaba Marta para recobrar y regenerar sus fuerzas juveniles.—

Don Francisco indicó su quinta de Barracas. A los médicos no les pareció bastante. «Verdadero campo! estancia! dijeron con resolucion, aun cuando el viaje se aplazase por unos dias.»

A veinte leguas de Buenos Aires, en pleno Ferro-Carril del Oeste, tenia el Sr. Valdenegros su estancia de *Las Alamedas*. Hízolo presente, y los médicos contestaron: «magnífico!»—Una condicion puso Don Francisco:—que iria tambien un médico.—Esto fué fácilmente acordado, y, no pudiendo ir el que les hacia cabeza, resolvió él mismo nombrarse sustituto en la persona del Dr. Nugués, depositario de toda su confianza, aunque talvez demasiado jóven para merecerla. Al hacerse esta designacion, que obtuvo el aplauso de todos los facultativos presentes, bailaron de júbilo los pequeños ojos del Dr. Nugués.—Cuando lo felicitaban, respondia:—Subirá mi cuenta!—Como de costumbre, se calmaba á sí mismo. No provenia su satisfaccion de un sentimiento de codicia, sino de la vanagloria de ver mezclado su nombre, en primera línea, entre los médicos de la familia Valdenegros, y recibir tan marcada distincion de parte del médico de cabecera.—Era muy sensible á esos pequeños triunfos de su profesion, así como al éxito ruidoso de sus artículos literarios.—Se creia, sin embargo, un rematado escéptico!

Promediaba el mes de Marzo:—y corria delicioso el tiempo, con los rayos vivificantes del estío y las brisas precursoras del otoño.—Marta se restablecia lentamente.—Juzgaron los médicos que habia llegado la oportunidad de realizar el viaje á *Las Alamedas*, y quedó fijado el dia de la partida.—En la noche de la víspera, cómo estuviese el Dr. Nugués haciendo algunos preparativos de viaje en el estudio de su modesta pero alegre casita de la calle de Cuyo, llamaron á la puerta de calle y poco despues el portero anunció á un jóven que decia llamarse Rodolfo de Siani.

—Hágalo entrar, *Giacomo*, dijo el Doctor.

Apareció muy luego el sobrino del Sr. Valdenegros.—Es un mozo como de 23 á 24 años de edad. Alto y bien repartido de cuerpo;—blanco y pálido de cara; frente despejada; grandes ojos pardos; nariz recta, hermoso bigote negro, y abundante cabellera renegrida.—Bella fisonomía y buena figura indudablemente; pero la fijeza y el brillo de su mirada parecen acusarlo de alguna perturbacion moral, y cierto desorden de su traje, unido á cierta inquietud de sus movimientos le dan el airo estraño de un hombre que busca con afan algo que tiene pocas esperanzas de encontrar.

—¿Lo incomodo? preguntó Rodolfo.

—No tal. He acabado mi tarea. Como sabrás, estoy de viaje.

El Dr. Nugués ofreció un habano á su visita, que lo aceptó de buena gana; ambos encendieron su cigarro y se sentaron luego en un canapé, repantigándose cada cual para su lado.

—Sé que es V. el médico designado para acompañar á mi sobrina,—dijo Rodolfo; esta tarde me ha dicho mi tío que mañana es la partida.—También yo ando por hacer un viaje!

—¿Si! ¿Adonde vas, muchacho? preguntó el Dr. Nugués, que por tener siete ú ocho años mas se daba ínfulas de hombre maduro.

—Mi madre se ha empeñado con el Ministro de Relaciones Exteriores, que es su ahijado, para que me conceda un puesto en la diplomacia.

—Señor embajador!

Por algo se empieza. Ha conseguido que me nombren *Attache* á la Legacion Argentina de los Estados-Unidos....

—Tú, probablemente, tenias el ojo puesto en la Legacion de Paris.

—Sí, pues.—Iria á Paris con gusto.— Los yankees me llaman menos la atencion.

—¿Las yankees? dices tú.

—Además, prosiguió Rodolfo, despues de festejar la gracia con una risa forzada, el sueldo es bajo, y dicen que en Estados-Unidos la vida es muy cara; pero mi madre ofrece ayudarme con una regular mesada, pagando ademas ciertas trampas en que me veo atrapado.

—¿Mas porqué quiere tu madre alejarte de su lado?

—Porqué... porqué, porqué...—Me cuesta tener que explicarlo! Dice ella que necesito separarme del teatro de mis calaveradas.—Buscar horizontes, ambiciones! Ya está muy contenta con su plan.— El Ministro insinuó que antes de efectuar mi nombramiento, deberia yo *prepararme*, y en la preparacion entraba no tanto el estudio del derecho de gentes, como la morigeracion de mis hábitos. Por lo demás, V. sabe que conozco el inglés y el francés, regularmente bien.—El italiano, como mi propio idioma.—Ya me sé casi de memoria la *Guide Diplomatique* de Martens, y estoy repasando á Calvo.—He entrado tambien en juicio. Desde hace seis meses, no se me puede decir nada,.... que no pueda decirse á cualquier otro mozo de Buenos Aires.—Por primera vez de mi vida, tengo paz con mi madre... Ah! pero así mismo, no consigo que me dé dinero.— Todo lo ofrece para cuando vaya á ocupar mi puesto diplomático!

—Pero tu madre conserva su fortuna...

—Oh! muy mermada.—Mi pobre padre era un disipador de cuenta. Cuando murió, la fortuna de mi madre estaba reducida á la décima parte, y esta misma se encontraba tan embrollada que solo por los esfuerzos y la ayuda de mi tío Francisco pudimos librarnos de quedar enteramente en la calle.—Salvó mi madre un pequeño capital, y yo me he encargado de pegarle muy buenos tarascones....

—En obsequio á la ley de la herencia, interrumpió el Doctor Nugués.

—Con razon está mi madre escamada, y se vuelve avara para defender las reliquias de su patrimonio. Mi posicion es difícil. Yo necesito plata, mucha plata. ¿Qué me aconseja V?

—Cuando pienso que estabas ya en el segundo año de medicina, que eras uno de mis buenos discípulos, y que has tirado tus estudios á la calle, francamente, no me seduce la tarea de darte consejos saludables. ¿Porqué te has acordado de mí? No tengo yo fama de dar buenos consejos. Te diré, sin embargo, que tu madre piensa bien; necesitas alejarte de este foco en que te vas desmoralizando y anulando insensiblemente.—En el extranjero, con las restricciones que impone un cargo diplomático, y siéndote difícil contraer deudas, porque nadie se fiará de un desconocido, es posible que se te asiente el juicio para siempre. Permaneciendo aquí, tendrías mal fin.—Para seguir la vida de disipacion y locura que has comenzado, necesitarías la fortuna que se te acaba de escapar con la salvacion de Marta Valdenegros...

—Que se me acaba de escapar! exclamó Rodolfo tirando un cigarro, poniéndose de pié, y revelando en su fisonomia la satisfaccion que se experimenta cuando la conversacion gira en el sentido que uno espera y desea.

El Dr. Nugués observó con extrañeza aquel cambio repentino, sin abandonar el canapé ni su postura negligente.

—No se figure, continuó Rodolfo cruzando las manos por la espalda y comenzando á pasearse por delante del Dr. Nugués,—no se figure que ha sido V. el único en hablarme, entre bromas y veras, sobre la *bolada*, de la muerte de mi sobrina.—Indudable-

mente, faltando ella yo soy el heredero indicado.—La cosa es clara. Mi tío Francisco solo ha tenido una hermana, que es mi madre,—y mi madre solo ha tenido un hijo que soy yo. Fuera de nosotros dos, solo hay parientes lejanos y ricos por añadidura.—De ellos no se acordaria mi tío.—Su hermana, su sobrino carnal, es claro, reemplazarian á la nietita. Y mire V.—el viejo me quiere bastante, apesar de haber sido siempre yo como un abrojo con él y con tía Emilia. De tiempo en tiempo, me hace muy buenos regalos de dinero, y me regaña con sinceridad cuando deo pasar los dias sin ir á comer con ellos.—Si Marta hubiese muerto, habria sido cuestion de muy poca maña ocupar su lugar en el corazon esponjoso de esa buena gente. Con razon me decia V. «tus fondos suben» cuando subia el termómetro!

El Dr. Nugués oía y observaba sin cambiar de posicion.

—Se calcula que dos terceras partes de la fortuna que heredará Marta Valdenegros pertenecen á mi tío.—Con eso, ya habria para darse por satisfecho—¿no es verdad?—pero tampoco se escaparia lo demás, porque, como V. sabe, mi tía no tiene parientes inmediatos, y los lejanos que tiene poco necesitan de su auxilio.—Ambos forman una sola masa; adonde fuera el corazon del viejo iria el de la vieja, y quien dico corazon en este caso, dice tambien herencia. Se habla de doscientos millones de pesos... Bah! nadie sabe á cuanto llega esa fortuna colosal;—campos en la Provincia, en Santa Fé, en Entre-Rios, en el Estado Oriental;—casas por todas partes, cédulas hipotecarias, deuda pública, acciones industriales... la mar!—Con todo eso á mano,—qué cosas tan lindas haríamos nosotros—¿no es verdad?

El Dr. Nugués guardó silencio, y Rodolfo continuó sus paseos y su charla, metiéndose las manos en los bolsillos del pantalon.

—Verdaderamente! no deja de ser una desgracia que una fortuna tan inmensa, tan respetable en todo sentido, vaya á caer un dia en semejantes manos! Marta, con la sangre que corre por sus venas, es poco digna de heredar á los Valdenegros. V. conoce su origen, por supuesto.—Yo soy Valdenegros por mi madre, y la sangre de los Siani es sangre azul. Mi padre era conde!—Un De-Siani Valdenegros tiene títulos mejores para aspirar á esa herencia.—La naturaleza corregia una aberracion moral de mis tios cuando infiltraba en esa chiclela el veneno de la fiebre tifoidea.—A Vds. los médicos se les ocurrió estorbar una obra de reparacion justiciera.—La han embarrado!

El Dr. Nugués permaneció silencioso é inmóvil. Rodolfo soltó una carcajada sarcástica y prosiguió:

—Estoy hablando locuras, por seguir las bromas con que V. me ha puesto tantas veces en compromiso; pero, en el fondo, tengo un poco de razon, y cuando pienso que de la noche á la mañana he podido ser millonario, y gozar, y brilar, no digo aquí en Buenos Aires, sino en Paris, en Londres, en Italia... eclipsar á Fabian Gomez... oh!—Había, mire V.—una serie de circunstancias que me completaban la fiesta. Mis tios no habrian resistido al golpe; en poco tiempo esa opulenta sucesion habria quedado abierta... Seria yo el heredero, ó lo seria mi madre. Mi madre está enferma, más enferma que lo que ella cree, segun dicen los médicos. En todo caso, dueña de una gran fortuna, no seria avara, y los millones me andarian jugando entre los dedos... Vea V. Dr. Nugués, V. que es filósofo, vea de lo que depende el destino! Un grado más en el termómetro, un poco menos de tino en los médicos... un poco de buena voluntad en alguno de ellos... y yo seria dentro de algun tiempo el hombre más rico de Buenos Aires!

Estaba alumbrado el estudio por una lámpara de trabajo, cuya luz amortiguaba una bomba verde. El Dr. Nugués tenia la espalda vuelta hácia el escritorio sobre el cual descansaba la lámpara. Su rostro quedaba así perdido en confusa penumbra.—Cuando Rodolfo se detuvo á ver el efecto que causaban sus palabras, las espirales de humo del habano que el Dr. Nugués seguia fumando tranquilamente en apariencia, acabaron de ocultarle la palidez amoratada, la contraccion nerviosa, que habia tomado la

fisíonoma del médico, y continuó su cínica retahila, paseándose con agitacion cada vez mayor.

—Un amigo me decia hace un momento: «no te queda más recurso que casarte con tu sobrina».—Bah! no es lo mismo recibir una gran fortuna en completa libertad, que recibirla con una esposa á cuestas... Además, las uvas están verdes.—Marta no simpatiza con su joven tío. Cometí la tontera de enamorarla cuando era mas niña y ahora me encara siempre con mirada hosca. Es huraña y malevolente conmigo. Por otra parte ¿qué méritos voy á tener yo para cautivarla cuando se presente en sociedad? Tras de ella andarán así los festejantes,—y qué festejantes!—ricachos, personajes, el primer orador de la Cámara, el mas brillante periodista, los Ministros extranjeros... qué sé yo!—Al lado de esa gente, buena figura haria un pobretón, sin carrera, y con fama de alocado, que es algo peor que fama de calavera!—No, ni soñarlo. He tenido la fortuna en la mano y se me ha escapado, no hay mas.—Ahora, solo puede devolvérmela una recaída, una complicacion... ¿No son frecuentes las recaídas, las complicaciones en la fiebre tifoidea?

El Dr. Nugués permanecía envuelto en su silencio, en su penumbra, en los espirales de humo de su habano.—Rodolfo se detuvo infructuosamente á esperar una respuesta, y siguió despues, durante largo rato, sus paseos agitados, exhalando con expresiones cada vez mas crudas, los lamentos de su concupiscencia burlada.

—El dinero, dijo al fin, con aire dogmático, cual si formulara el resumen de sus peroraciones, es como el poder, como la gloria, como el amor!—Todos los medios son buenos para conseguirlo; el tambien es poder, es gloria y es amor;—reconozcamos la verdad de las cosas, el dinero gobierna al mundo.—Qué bien lo demuestra V. en su precioso artículo titulado *Su Magestad el Dinero!*—Qué bien esplicaba V. cómo en el origen de todas las grandes fortunas hay siempre una usurpacion, una crueldad, un abuso... y sinó, veamos... ¿Cómo se ha formado el patrimonio de la aristocracia inglesa?—Por una série de atentados normandos contra los sajones y los celtas, y casi en nuestros dias por el despojo de los católicos en el territorio de Irlanda! ¿Cómo se ha formado la fortuna de la aristocracia española?—Por usurpaciones sucesivas sobre los iberos, los moros, los judios, ... que sé yo!—¿Cómo se han formado en Francia las grandes fortunas?—Antes de la Revolucion, por el despojo de los galos en beneficio de los romanos y de los romanos en beneficio de los francos; despues de la Revolucion, por la confiscacion de los bienes de los emigrados y el desenvolvimiento de una industria que no engrandece á unos pocos sin aplastar implacablemente al mayor número... Oh! V. esplicaba muy bien esas cosas!—Aquí mismo, escarbemos un poco, decia V., y encontraremos la conquista de lo que pertenecia al indijena, el contrabando colonial, el desórden de las revoluciones, el favoritismo de la tiranía, las provedurias leoninas de los gobiernos liberales, las grandes operaciones bursátiles que enriquecen á unos, arruinan á otros, y debieran deshonorar á todos... Yo soy de su misma opinion, Dr. Nugués. La sociedad no investiga el origen de la fortuna. Fiscaliza únicamente su empleo.—El que la sabe emplear, ese es el hombre! Si! Doctor; nosotros necesitamos dinero, mucho dinero, porque hemos de saber emplearlo!

Y Rodolfo se detuvo nuevamente delante del doctor Nugués, mirándolo fijamente, como si quisiera penetrar hasta el interior de su alma.—Despues de un momento, se sentó á su lado, y casi en su oido pronunció con voz sorda estas palabras:

—V. puede salvar la situacion. Este viaje á *Las Alamedas* es oportuno para nosotros dos.

El Dr. Nugués despidió una última bocanada de humo, tiró su cigarro, y apoyando los codos en las rodillas, contestó con aparente flemma, blanco como el pañuelo que comenzó á estrujar entre sus manos:

—Comprendo! Tú quieres que le administre á tu sobrina un poco de veneno, un remedio á destiempo... No está mal pensado!—Una lijera equivocacion de drogas la llevaria al sepulcro, y que averiguase Satanás la causa!—¿Mas de qué manera has creído tú que yo puedo servirte de instrumento?—yo no soy en ningun caso el heredero de los Valdenegros.

—V. tendrá la mitad de la herencia, se apresuró á decir Rodolfo con feroz aturdimiento.

—Buena comision! replicó el Dr. Nugués; pero ¿quién puede fiar en la palabra de un bandido como tú?

—Rodolfo, reprimiendo un movimiento de cólera, reflexionó un instante.

—Bah! dijo despues;—yo firmaré el documento que V. quiera.

—Escribe entónces!

Y el Dr. Nugués, poniéndose de pié, le señaló á Rodolfo un sillón que estaba delante del escritorio.—Rodolfo se sentó en él;—hubiérase dicho, al verlo, que iba á redactar el boleto de una operacion de bolsa, muy importante, pero lícita. —Púsose á su lado el Dr. Nugués, algo atrás, siempre de pié.

—Puede dictar, dijo Rodolfo, despues de ensayar la pluma, y cerciorarse de que correria bien sobre el papel.

El doctor Nugués dictó:

«Me comprometo á entregar al Dr. Dn. Claudio Nugués la mitad de la herencia que pueda corresponderme, directa ó indirectamente, por muerte de mis tíos don Francisco Valdenegros y Misia Emilia Fernandez, siempre que dicho facultativo...»

—Me parece que esta cláusula no es del todo necesaria, exclamó Rodolfo, interrumpiendo su escritura.

—Escribe, escribe, dijo imperiosamente el Dr. Nugués.

Rodolfo se encojió de hombros y siguió escribiendo.

«Siempre que dicho facultativo haga terminar por la muerte la convalescencia en que se encuentra Marta Valdenegros, actual heredera de mis dichos tíos.»

—Oh! ahora comprendo. Así queda la cosa en regla. Claro está que si Marta llega á morir en otra época, por otras causas, ya no tendré que regalarle á V. la mitad de la herencia!

Y Rodolfo chapurraba estas palabras con una risa canalla.

—La fecha ahora, dijo el Dr. Nugués.

Y Rodolfo escribió la fecha con rigorosa nitidez.

—¡La firma!

Y Rodolfo puso su firma con elegante desembarazo.—Tomó luego una hoja de papel secante y la aplicó prolijamente al documento que acababa de suscribir.

Estando en esa operacion, sintió una mano nerviosa que arrebatava el documento, y tuvo apenas tiempo de ponerse de pié, sorprendido y confuso, mientras el Dr. Nugués hacia pedazos aquel papel infame y se lo arrojava al rostro, pronunciando con tranquilidad imperiosa estas palabras:

—Sal. Me has humillado durante una hora; pero te agradezco que me hayas proporcionado la ocasion de sondear, hasta sus últimos pliegues, el alma de un malvado. Vete!

En ese momento, asomaba Giacomo, el portero, con un estuche que acababan de traer para su patron.—Rodolfo soltó una estrepitosa carcajada, cogió precipitadamente su sombrero, y, deteniéndose un momento en la puerta de salida gritó con voz nerviosa:

—Doctor, todo su talento y toda su esperiencia no lo libran de ser fumado como un niño!

—¿Questo giovane é pazzo? preguntó Giacomo, pues á título de sirviente algo antiguo se permitia algunas familiaridades.

—Para ese hombre, respondió con mal humor el Dr. Nugués, nunca estaré en casa.

Giacomo hizo un signo de asentimiento, y, á espaldas de su patron, dirigió una mirada de curiosidad intensá á los fragmentos menudos de papel que estaban esparcidos en la alfombra.

Este incidente dió lugar á largas y graves meditaciones del Dr.

Nugués.—Examinando su situación y la de las personas que se veían envueltas sin saberlo, en aquel drama siniestro, juzgó que lo mejor era no desistir de su viaje como médico de Marta Valdengros, y callar absolutamente lo ocurrido.—Hizo muchas reflexiones mentales sobre la perversidad que á veces reviste la naturaleza humana desde la primera edad; pero no se le ocurrió reflexionar que bien podían las monstruosas proposiciones de Rodolfo haber sido un tanto estimuladas por el Dr. Nugués, con sus vanos alardes de una moral liviana, que, en el fondo, no era la de su corazón!

(Continuara).

LOS VOLATINES

SI les decíamos cuando éramos muchachos todos los que hemos llegado ya á los treinta, dejando tras de nosotros dos generaciones que no juegan, ni van al Circo, ni se divierten como nos divertíamos los de aquel buen tiempo de la cometa y de los napoleones de á cobre, única golosina con que nos regalábamos los domingos cuando salíamos al campo, allá lejos, donde está ahora el Hospital Italiano, que era entonces un potrero que se prolongaba hasta el Cementerio, cruzado de setidas estrechas y lleno de barrancos por cuyas laderas nos dejábamos rodar hasta el fondo.

Qué alegría cuando se anunciaba una compañía de volatines! Instalaban su toldo en el hueco que hoy ocupa ese inmenso edificio de cuatro pisos al lado del Almacén de la Sirena, ó en la esquina donde se levanta el palacete de Don Carlos Castro, y se llenaban las débiles graderías de espectadores, entre los que nos llamábamos todos los compañeros de colegio con un silbido especial, toque de reunion que nos servía para no perdernos en los entreveros de la muchedumbre.

Pobres volatines aquellos! No conocían el triple trapecio, ni la zampillaerostación, ni el Salto del Niágara, ni el doble salto mortal, ni ninguna de esas maravillas que el arrojio y la habilidad han alcanzado á realizar en estos tiempos. Entonces todo era primitivo, infantil, algo que hoy sería sencillamente grotesco. Los Domingos, por la mañana, salía el payaso todo pintarrajeado y vestido de mogiganga, y recorría las calles montado á caballo, anunciando á gritos la funcion de la tarde, haciendo muecas y contorsiones ridiculas, montándose con la cara vuelta hácia el anca del pobre caballo, sentándose á mujeriegas, y haciendo todo género de gracias que festejaba ruidosamente la cohorte de chicuelos que lo seguía con la boca abierta, y se iban tras de él cuerdas y, cuerdas, aumentando el séquito á cada paso con los refuerzos que salían de cada conventillo, advertidos por algunos de esos pilluelos que en el exceso de su alegría quieren que todos participen de ella, y corrían adelante anunciando á gritos de puerta en puerta: el payaso! el payaso!

Aquellos eran payasos legítimos poseionados de su papel gracioso, sin más habilidad que la de darse de narices contra el palo que sostenía el toldo, no como los clowns de ahora que son músicos y equilibristas. Aquellos eran de otro género: cuando la bailarina subía á caminar sobre la cuerda tirante, el payaso remedaba sus vacilaciones en el suelo, haciendo como que llevaba en la mano el balancín, y á lo mejor, se dejaba caer cuan largo era, y se levantaba dando grandes alaridos y llevando la mano á la parte que fingía lastimada.

La funcion empezaba siempre con una serie de saltos y volteretas en que tomaba parte toda la compañía. Desde el callejon que conduce al interior, tomaban envión los gimnastas, pisaban en el trampolin, y hacían su pirueta uno tras otro, hasta que llegaba el turno al payaso, que empezaba por medir las distancias, se escupía en las manos como para no resbalar, arrancaba en falso dos ó tres veces, y por último tomaba la carrera, llegaba al trampolin. y se sentaba allí comodamente, haciendo cuartas de narices al respetable público, que festejaba la travesura con grandes risotadas. El programa se reducía á ejercicios sencillos en el trapecio; la *percha escocesa*, que consistía en sostener un palo largo en el estómago, mientras hacia pruebas en la punta un muchacho; juegos malabares con los piés, haciendo saltar pelotas y girar una tranca

llena de cintas y cascabeles; otros subían por un plano inclinado caminando sobre un globo de madera, y á la terminacion de cada ejercicio, el volatin sonreía al público y le tiraba besos, demostracion que era correspondida con una salva de aplausos que se prolongaba hasta que volvía á salir el artista y hacia un nuevo saludo dando volteretas y saltos.

El primer circo con caballos de que liago memoria fué el de *Spalding and Rodgers*, allá por el año 61 ó 62 si mal no recuerdo. Se instaló el toldo en el ángulo de la plaza Independencia frente á la Lotería; era una gran carpa, la más grande que habíamos visto hasta entonces, coronada la punta del cono con una asta en que flameaba un gallardete, en cuyo campo rojo se destacaba en letras blancas el nombre de los directores.

Mister Rodgers era el que dirijía el espectáculo, con su gran leviton, sus botas de charol y un largo látigo que hacía chasquear á cada momento para activar ese galope pesado de los caballos de circo, que van al compás de la música, sofrenados por las riendas atadas á la plataforma sobre que hace sus piruetas la pruebista. La reina del circo era *Miss Kate*, una muchachona norte-americana bastante bien parecida, que trala al retortero á más de cuatro, deslumbrados todos los pollos de la época por aquellas vapórosas polleras de tul moteado de oro, que volaba al compás de los saltos que daba la pruebista, atravesando arcos forrados de papel.

Allí era el aplaudir de todos, esforzándose cada cual por hacer más ruidosa su manifestacion, deseosos de atraerse una mirada reconocida de aquella beldad acrobática que andaba por los aires mostrando lo que Dios le había dado, con gran escándalo de los viejos, que escandalizados y todo, seguían, sin perder una, todas sus piruetas, y la aplaudían tambien de buena fe.

Hiram era un caballo blanco, con una mancha negra en el anca, y fué el primer caballo pruebista que vimos en Montevideo. Bailaba un waltz dando vueltas al compás de la música, subía una escalera, y tiraba un tiro. El payaso disputaba con el director sobre las habilidades del animal, apostaba á que él le haría hacer las mismas pruebas, y cuando se acercaba al caballo, éste lo atropellaba mostrándole los dientes y arrugando las orejas, hasta que el payaso, amenazado de cerca, se metía entre el público haciendo toda clase de aspavientos, con gran contento de los muchachos á quienes tocaba en suerte quedar junto á aquel para ellos fantástico personaje.

El payaso! Para el muchacho, no hay gloria como la de ser su amigo, conversar con él, interiorizarse en los secretos de sus pinturas y sus mamarrachos. Para un chicuelo, entrar en la relacion de los pruebistas es como para un jóven entrar entre bastidores, hablando de cerca á las heroínas del tablado, prestigiadas á sus ojos con las regias coronas de carton dorado y los mantos orlados de piel de gato semejanado armiño.

En su casa el muchacho se tizna la cara como el payaso, reproduce sus saltos y volteretas, y hasta se da de golpes por imitar á aquel tipo éstrafalario. Todos los de mi camada éramos amigos del payaso de *Spalding and Rodgers*. El nos contaba todas las interioridades del circo, nos anunciaba las novedades que iban á exhibir, y nos detallaba la vida íntima de cada artista, escuchándolos todos nosotros con tamaños ojos abiertos como para no perder ni un gesto de su relacion.

Y despues ¡qué importancia nos dábamos con los compañeros á quienes repetíamos lo que hablamos oído! Como contaba cada uno un detalle, y rectificaba el otro, y disputábamos todos sobre si era éste ó aquel el que iba á saltar por un arco de fuego!

El *Wildfire* era otro de los caballos del circo: un potro negro y lustroso como el azabache, de crines y cola ondeadas, altivo y fogoso, que recorría á escape el redondel, en pelo, haciendo pruebas sobre su anca redonda un jóven esbelto. Despues, Mr. Rodgers le sacaba el freno, y el *Wildfire*, completamente desnudo, pasaba como un turbion dando vuelta por la orilla de la arena, volando las crines, la cola tendida, sentado el ginete sobre al cuarto trasero, con los brazos cruzados, como clavado allí por la fuerza centrífuga, que obligaba al mismo caballo á correr completamente inclinado hácia el centro, en medio de los *heih! heih! gol quick!* y los chasquidos continuados del látigo con que el director lo animaba, seguido del payaso y de los mozos de cuadra ves-

tidos de librea roja, dando todos vueltas al rededor del mástil del circo, en tanto que la música tocaba una galopa violenta, infernal, vertiginosa como la misma carrera del *Wildfire*, que sudoroso y con las narices abiertas, seguía disparando, echado casi contra el suelo, haciendo saltar con las patas el aserrín del piso, cada vez más fogoso y ligero, perseguido por los fustazos del director, y las voces del ginete y del público, que entusiasmado gritaba también: *heih! heih! quick! gol! gol!*

Después la música se apagaba poco a poco, el caballo reírenaba la carrera, y el ginete, falto ya del apoyo que la velocidad le prestaba, se dejaba caer al suelo en medio de los aplausos y de los bravos que lo saludaban, y que él recibía con la cara sonriente, y el pecho palpitando con violencia bajo la malla de seda encañada que lo cubría, mientras el *Wildfire*, libre ya de su carga, salía retozando por el callejón en reclamo de su pesebre.

Qué lejos me parece todo eso! Descubro esos recuerdos en mi memoria con esa vaguedad con que se divisa a la distancia un paisaje, sin poder determinar los detalles, pero sobresaliendo los puntos culminantes: el *Hiram*, Miss Kate, el *Wildfire*, como sobresalen en el hacinamiento de casas de un pueblo los campanarios y los miradores.

Chiarini es de ayer, como quien dice. Yo ya no era muchacho cuando vino por primera vez con su gran circo que instaló en la esquina que hoy ocupa la casa de don Carlos Castro. Traía muchos caballos y muchos pruebistas, pero no tenía payasos. Sus graciosos eran *clowns*, estos payasos modernos que hacen pruebas y no se dan porrazos como aquellos de mi tiempo. La especialidad que traía era el enano Torres, un monstruo deforme, de cabeza enorme y piernas de a cuarta, con cara de indio, barrigón y cambado, que especulaba con su deformidad, exhibiéndose con trajes grotescos y recitando canciones disparatadas, cuyos estribillos llegaron a ser refranes populares, tal fué la voga que alcanzaron.

En aquel circo, los que se arrastraban toda la simpatía de los muchachos eran un negrillo y una negrilla, equitadores ámbos y muy arrojados en sus suertes. El negro hacía el *Postillon Ruso*, con cuatro petizos, de Cerdeña, maneándolos todos a la vez. Ora se paraba en el anca de uno, y ponía a los otros tres en fila por delante; ora se paraba sobre dos de los petizos, y guiaba a los otros dos; ora ponía los cuatro parejos, y abriéndose de piernas, apoyaba los piés en el anca de los de ámbos extremos, y todo esto al galope, al són de la música, aflojando alternativamente una pierna ó otra para seguir el descompasado andar de los petizos.

Después de Chiarini vinieron los Buislay, que trabajaban en el teatro y hacían el *Salto del Niágara*, atravesando toda la sala colgados de un trapecio; y después de los Buislay, los Japoneses, con sus prolijos equilibrios y sus pacientes habilidades, llenas de mérito, pero aburridas, deslucidas, inapreciables para los muchachos que son los que dan vida y animación a esas diversiones.

Todo esto, y mucho más que podría recordar, me lo trajo a la memoria una reciente visita que hice al *Politeama*, donde vi reproducidos el entusiasmo y la algarabía en que yo había sido actor cuando apenas tenía un tercio de los que ya por mi desgracia cuento. Allí vi a los chicuelos siguiendo embobados los arriesgados volteos de los Nelson, enseñoreados del aire como los pájaros, volando de un trapecio al otro y haciendo prodigios de fuerza y destreza, allá, a veinte metros sobre el suelo, suspendidos sobre el abismo, arriesgando a cada instante la vida, despreciando el vértigo, y sonriendo desde allá a sus inocentes admiradores, que a cada habilidad palmoteaban entusiasmados, mientras los gimnastas, sentados con descuido en las débiles varillas del trapecio, descansaban del esfuerzo, la boca entreabierta, jadeante el pecho, temblorosos los brazos, enjugándose el sudor que los bañaba, para en seguida lanzarse a un nuevo ejercicio, más arriesgado y violento que el anterior, verdaderos prodigios de fuerza, de seguridad, de vista y de arrojo que pasman y suspenden a todos.

Vi también a los músicos, esos músicos especiales de circo, que se saben de memoria las piezas, y que familiarizados ya con el espectáculo, ni siquiera miran a lo que pasa, ocupados en soplar sus instrumentos de cobre, chillones, destemplados, que acompañan con notas

sueñas el canto del clarinete y del piston. De repente, en medio de una de esas suertes prodigiosas que tienen suspenso al público, los instrumentos se apagan poco a poco, el clarinete enmudece, el piston se debilita, y solo el trombon sigue marcando el compás con sus notas graves, mientras el director de orquesta, alarmado con la distracción de sus músicos que miran embobados al trapecio, agita la batuta con furia, grita, pateo y se desespera al ver comprometida su habilidad profesional, firmemente persuadido de que el respetable público está muy preocupado de la música, siendo así que nadie oye ni siente nada, fija la vista en los audaces acróbatas suspendidos sobre el vacío sin más apoyo que la punta de un pié.

En esos ejercicios son sorprendentes los Podestà, dos jóvenes hijos del país, formados por sí solos, y que llevados de la emulación, ejecutan todos los ejercicios que han visto hacer a los más afamados artistas. Todas las habilidades de los Buislay, los Lees, los Amato, Victory Niblo, y de todos los reyes del aire que nos han visitado, las ejecutan los Podestà con pasmosa destreza, en el trapecio, en la barra fija, en el suelo, rivalizando con los mejores en fuerza y en agilidad, reuniendo ellos, solos lo que era una especialidad en cada uno de los otros, hermanando el vigor y la gracia, sonrientes en medio de los mayores esfuerzos, bien plantados ámbos, esbeltos, el pecho saltado, nervudos los brazos, los jarretes finos, y todas las formas modeladas con perfiles de estatuas.

Todos los muchachos los conocen, son sus amigos, sus camaradas, y aprenden con ellos a pararse con las manos y a dar saltos mortales, juegos en que se ejercitan en los sitios vacíos, donde reunidos en grupos de veinte y treinta, hacen sus pruebas, dando tumbos en la arena, tratando de imitar lo que han visto en el circo.—No son necesarios los anuncios para saber cuando hay entre nosotros una compañía acrobática. Basta recorrer los barrios apartados y allí se verá a todos los muchachos ejercitándose en juegos gimnásticos. Este que se para de manos sujetándose con los piés en la pared; el otro dando saltos mortales, aquel caminando sobre los rieles del tren equilibrándose con los brazos abiertos, y todos cantando ó silbando la canción del payaso: *No si purriá, No me caso, ó La basura*, que es la más en voga, y cuyo estribillo repiten todos, cantando con ademanes traviesos y zafados:—

La basura que se barre,
No deja de ser basura,
Y aunque a los aires se suba,
Basura queda en el aire.

moraleja que va aplicada a los pollos pretenciosos y a las viejas coquetas, con esa malicia popular siempre dispuesta a la burla y a la sátira contra todas las ridiculeces sociales.

Pero el gran prodigio del *Politeama*, el ser ideal para los muchachos, es Rosita Nelson, la *chispa eléctrica*, como la apellidan, un prodigio de agilidad y gracia, rival de la célebre Leona Dare, que ejecuta los más sorprendentes ejercicios con pasmosa habilidad. Ahí es el seguirla todos en sus vestiginosos vuelos, con el pecho oprimido, acompañándola con movimientos nerviosos, llenos todos de ansiedad, el circo mudo, la orquesta sorda, y todas las miradas fijas en aquella altura en que voltea la arrojada *gimmasta*, sonriendo en medio del peligro, hasta que, concluida la suerte, el público traduce su entusiasmo en ruidosos aplausos y en frenéticos hurras que hacen oscilar las luces y temblar las planchas del tinglado en que rebota el clamoreo de quinientas voces que victorean a la reina del aire.

Muere aquel primer estrépito de aplausos, y renace nuevamente iniciado por los chicuelos que encuentran placer en palmotear con sus manecitas soprosadas, riendo de entusiasmo con sus caritas animadas por la alegría, sin darse cuenta del riesgo que corre su heroína.

Feliz edad esa en que la suprema felicidad es ir a ver a los volatines, siguiendo con absorbida curiosidad todas sus volteretas: las vueltas del trapecio, los molinetes de la barra, los desgoznamientos del hombre de goma que se pone los piés en la cabeza, ó enarcándose de espaldas toma con la boca un vaso colocado entre los piés, el pecho hundido, saltadas las puntas de las costillas, tirantes como cuerdas las venas del cuello, des-

garbado en todo sus movimientos y la sonrisa triste, como si el esfuerzo le quitase todo aliciente de agrandar.

Pobres volatines! Ahora que puedo darme cuenta de las penurias de su vida, que arriesgan a cada instante para apenas ganar con qué sustentarla, yo los recuerdo con cariño, agradeciéndoles las horas felices que les debo en aquel tiempo de los payasos que ya pasó para mí y para todos los que conmigo compartían aquellas inocentes alegrías que se fueron, y que, como las golondrinas de Becquer, no volverán!

SANSON CARRASCO.

CROMOS MONTEVIDEANOS

DE 5 A 6 POST MERIDIANO

FESTAMOS en el promedio de la calle Sarandí. Los tranvías van atestados de pasajeros, los carruages circulan con más actividad de la acostumbrada y por las veredas empiezan a entrecruzarse numerosos los paseantes: solo se oye el *tlintlin* imperativo de las campanillas de los wagoes, el toque destemplado de las cornetas, el chasquido silbante de los látigos y el ruido sordo que producen las ruedas en los rieles ó los adoquines mezclado al trote sonoro y seco de los caballos.

Es la hora del paseo. Los trenes se llevan su carga diaria de burócratas a quienes espera la mesa, y las personas que van a pie se dirigen casi todas hacia la gran avenida en cuyo fondo se destaca sobre el cielo limpio, como una enorme vela con el pábilo carbonizado y extinto, la estatua de la Libertad.

En la plaza que aún conserva casas antiquísimas de aspecto colonial, desde cuyos estrechos balcones contemplaron sin duda nuestros abuelos la jura solemne de nuestra Constitución, a esa hora en que el sol baña con rayos oblicuos las pardas columnas del Cabildo, haciendo lucir con brillo anémico, casi diré cretino, las letras de lata dorada que le han pegado en el frente para recordar dos fechas y que reside allí la Representación Nacional, empiezan a concurrir por todas las calles que a ella convergen mugeres jóvenes casi todas y casi todas también hermosas y elegantes, que prosiguen por la de Sarandí, atraviesan la plaza de Independencia y continúan hasta la que en su centro lleva, como ornamento quizá, la estatua de que hace un momento hablaba, cuya columna de mármol blanco manchada de verde sobre la cual se destaca la negruzca figura simbólica, no sé por qué se me ocurre parece una enorme vela chorreada por continuas ráfagas de viento, que al fin la hubiesen apagado.

La Plaza Constitución queda a esa hora casi sola, pues únicamente se ve en ella un centenar de criaturas, con delantales blancos y medias rojas casi todas, que corren sobre la arena ó cantan en rueda dadas de la mano.

Las niñas muy graves y acicaladas les vigilan desde los bancos, sin perjuicio de pelar la pava con algún presunto primo, ó echar un párrafo con alguna colega amiga contándose la vida y milagros de los señores de sus respectivas casas.

En la de Independencia, a la sombra escuálida de la alameda de los pinos, que a esa hora tienen a veces alegrías de cementerio, se sientan los *dragones*, como se les llama hoy, ó los *dandyes* como les decíamos ayer, y aún los que no tienen pretensiones de serlo.

El sitio es ameno: los pinos son por autonomasia árboles fúnebres, pero son árboles al fin; la vista tiene donde esplayarse a sus anchas y examinar, allá las columnas esbeltas del Átrio de *Solis* ó su violado techo de pizarras; más hacia aquí, la plomiza y chata arquería de la Pasiva; despues el intercolumnio de la Casa de Gobierno, donde brillan al sol sables y bayonetas bruñidas y se ven pasar los uniformes rojos y azules de los soldados, y, por fin, si se encuentra chica la superficie enarenada de la plaza, arriba está el cielo inmensamente monótono con su eterno azul, es verdad, pero inmensamente bello.

El que llega temprano y se sienta en un banco, tiene pues, en qué matar el tiempo, si es que está solo; más tarde tendrá demasiadas cosas que admirar, siempre que no haya alcanzado ya el aludido a esa edad en que no se sale sino a tomar el solcito y en la que producen igual tristeza, nostalgia de la juventud y de la vida, la vista de los cipreces como la de unos ojos bellos.

.... Ya empiezan a llegar; ahora me toca describirlas y confieso que no me siento con fuerzas para ello y que noto no hay colores en la mal provista paleta de mi estilo para esbozar siquiera los contornos de esas mujeres que van a pasar ante mis ojos, no como aquellas atenienses que desfilaron ante la vista de Apelles, mas si cual alhajas de la estética humana, encerradas en sus estuches de razos, terciopelos y brocados.

Y ahí está el quid: El estuche, el traje es lo que más me incomoda. ¡Que sé yo cómo se llaman esas prendas del traje tan variadas en sus formas, que dan a la mujer el brillo y la elegancia inimitable de las aves más hermosas!

Más allí veo venir una pareja que ensayaré describir, pues sus vestidos a la elegancia exquisita reúnen la sencillez.

El traje, justo al cuerpo, es de color *unido*, como creo dicen las mujeres cometiendo un galicismo, pecado que de buena gana les perdono, pues ellos andan dados del brazo por mi prosa, ... continúo: el traje, decía, es azul, pero de un azul indefinible como el del cielo en las tardes hermosas, y los sombreros de castor y de anchas alas son de idéntica color a la tela del traje.

A sus facciones distinguidas y sus mejillas sonrosadas le va admirablemente ese color azul que no sé cómo definir.

No soy modisto, pero sé me antoja que trajes más elegantes no he visto ninguno. Sus dueñas son dignas de llevarlos, pues cuerpos y andar como los suyos se ven pocos.

¡Cuánto me gusta esta sencillez moderna! Cuando me acuerdo de las modas de antaño, me quedo sorprendido de cómo las mujeres que en general tienen tan delicado gusto estético, podían someterse por que la moda, esa diosa casquivana y sin templo a quien todas rinden culto, así lo quería, a cargar sobre una cónica, descomunal, pollera un diluvio de volados y farfalacs que solo una construcción de alambre podía sostener, la cual les daba el aspecto de olas encrespadas al romper en la playa, más aún, casi estoy por decir que parecían una explosión de trapo!

Viene allá otra pareja que también me encanta; eso también es elegante: hay arte, como dice un amigo mio que tiene como yo la debilidad ó el buen gusto, como se quiera, de admirar la belleza de las mujeres, ante todo, y un poco también la de sus trajes.

Tienen los de las jóvenes de que hablo un sabor marcial que es precioso.

¿Cómo se llama la parte del traje que viste el busto?—No lo sé; diré que la de los que intento describir es ajustada al talle, que tiene una forma análoga a la del levita, que son de un color azul oscuro y adornados con alamares de seda de tinte algo más claro é igual al de la parte inferior del vestido;—los sombreros son de terciopelo negro, de alas anchas y llevan en la parte de adelante un ave blanca que mis conocimientos ornitológicos no han podido clasificar.

He ahí todo: van monisimas; la más pequeña de las dos, verdad es que me gustaria más vestida de raso rojo con alamares negros y envuelta en una mantilla blanca, pues, ni aún en Cádiz ó Sevilla, puede verse una andaluza más graciosa y de ojos más chispeantes, pero como eso no se estila tengo que convenir en que no hay traje que le vaya mejor que el que lleva.

Mas deo de describir trajes, pues mi intento es vano, y me ocuparé de sus dueñas, indicando apenas el color de aquellos.

Allí veo pasar una moecha vestida de luto, de ojos más negros que su traje y más dinámoforos, como dice *Imb-Chaldun*, que una copa de *Oporto* ó de *Madeira*.

Es una niña; tiene el cabello más negro y ondeado que el de la *Maria* de Isaacs, su cuerpo no tiene la esbeltez de un álamo de la

Carolina, pero es delicadamente pequeño y artísticamente proporcionado como el de una estatuita de bronce florentino.

Mas ya pasa y aquí, despues de la morena, viene haciendo contraste una rubia sonrosada cual si fueran sus mejillas:

«Un compuesto de leche y de granadas.»

Lleva un tapado azul, y, ya que me he puesto á citar á Campomamor, diré con el poeta que es la jóven de que hablo:

«Airosa aun cubierta con un manto»

Cosa que no hago gran hazaña en afirmar lo mismo que caras como la suya no se ven muy á menudo.

Mas ¿por qué no he de hablar de los que miran si hablo de las que pasan?

Verdad que no me tientan mucho esos señores, ni sé qué diria acerca de sus gabanes verdes, sombreros verdes, pantalones verdes, y etc. etc. verdes, sino que cuando acierto á ver pasar á alguno de ellos por frente de mi banco, me parece que uno de los pinos de la plaza ha desertado su eterna cantinela echándose á seguir enamorado á alguna dama; pero como eso tiene sus ribetês de balada alemana, prefiero callarme y admirar los ojos más hermosos que conozco, ojos que tiñen con luz andaluza todo lo que miran y de los cuales razon tuvo el poeta en decir al hablar de ella:

¡El brillante que espléndido rutila
No es más fúlgido, no, que tu pupila!»

El traje de la dueña de tan hermosos ojos es de terciopelo y razo verde oscurisimo.

Qué ojos! qué andar! qué gracia!

Mas si es hermosa esa mujer semita tiene tambien su belleza la que allí va, que es de perfil correcto, delicado, de ojos azules transparentes y de cabello rubio.

Parece corre sangre sajona por las venas azuladas que sombrean su blanca tez, y el tapado y gorro de pieles que lleva le dán el aspecto de una heroína de las leyendas del Norte.

Y pasan mujeres hermosas de á dos, de á tres, y la vista no tiene tiempo para admirar y comparar entre sí tantas bellezas, hijas de todas las razas: italianas de cabellos castaños y tez ora morena ó sonrosada, francesas de cabellos rubios y elegancia suprema, españolas de ojos más luminosos que el tan cantado Sol de la florida Iberia, todas, en fin, las de orijen latino ó sajón, todas las que funden con divinos contrastes la hermosura de las razas más bellas y que forman el selecto tipo de nuestras mujeres.

¿Cuál es más bonita? Nadie puede decirlo; pues lo que constituye la belleza de esta es precisamente el contraste de lo que forma la de aquella, pues si la una tiene celestes los ojos y rubio el cabello la otra es de ojos y cabellos oscurisimos.

El sol declina rápidamente en el ocaso, los cirrus que momentos antes se destacaban como girones de gasa blanca sobre el azul del cielo se van poniendo sonrosados, toman despues tintes metálicos llegando al fin á parecer hierro en fusion. Las sombras se hacen cada vez más oblicuas y solo permanecen iluminadas las cornizas de las casas.

Los paseantes empiezan á volver hácia el centro, la aglomeracion llega á su auge.

Los faroleros con sus largas cañas van prendiendo el gas y cuando llegan las seis la calle 18 de Julio ostenta á uno y otro lado su doble hilera de luces que brillan con poca intensidad entre el crepúsculo: al fondo se destaca indecisa la columna de la estatua, mas verde que antes y semejante al monstruoso candil:

«De una raza extinguida de gigantes!»

La calle de Sarandí vuelve á verse concurrida por los que ántes pasaron por ella, los cuales al llegar á la Plaza Constitucion se distribuyen quien por Cámaras, quien por Ituzaingó, quien por Sarandí ó Rincon.

La Matriz yace en la sombra; solo uno que otro azulejo de sus torres reflejan algun mortecino rayo de luz; el reloj con los mi-

nuteros opuestos, sirviendo de diámetro á la esfera de cristal, tras de la cual titilan las luces como estrellas que se vieran en un cielo nebuloso, dá seis acompasados campanazos.

Por una hora al ménos todo va quedar desierto: el yo estomacal habla muy alto y es preciso acceder á sus exigencias tan impetuosas cuan justificadas.

WART.

SOLUCIONES

DE LOS JUEGOS DE INGENIO PUBLICADOS EN EL NÚMERO 1º

PROBLEMA DE AJEDREZ

Blancas		Negras
D 1 A R		A toma D
A 3 A R (mate).		
	<i>Variante</i>	
D 1 A R		R 5 R
C toma P (mate)		
	<i>Otra variante</i>	
D 1 A R		A 5 R
D toma P (mate)		
	<i>Otra variante</i>	
D 1 A R		R 3 A R
D toma A (mate)		

La solucion de este problema nos ha sido enviada por El Duende Eduardin, Ed. Loed, Rocambole y Rocambolito. La que remitió Alpha no es exacta.

CHARADAS

1ª Carabobo—2ª Arcano—3ª Literatura

La solucion de la primera, nos fué enviada por la Sociedad de los Maximines Kapiangas únicamente;—la que envió Alpha no es exacta.

La de la segunda: por Una Floridense y Un aspirante á Colector.—Tambien aqui está equivocado Alpha.

De la tercera: por Una Floridense, Carralon de la Calle, El Almirante Suizo, Brigadier Maximin, Maximines Kapiangas, Un aspirante á Colector y Alpha.

FUGA DE VOCALES

Ven muerte tan escondida
Que no te sienta venir
Porque el placer de morir
No me vuelva á dar la vida.

La solucion nos fué enviada por los mismos que remitieron la de la tercera charada, más Rocambole y Rocambolito y No te muevas.

FUGA DE CONSONANTES

La solucion la encontrará quien descifre el salto de caballo que en el número de hoy publicamos.—La única solucion exacta que recibimos de esta fuga nos fué remitida por la Sociedad de los Maximines.—La que envió Un aspirante á Colector tiene una sola palabra equivocada—y dos la que remitió Alpha.

FUGA DE UNA LETRA SÍ Y OTRA NO

Pobre flor dónde naciste
Desgraciada fué tu suerte
Al primer paso que diste
Te encontraste con la muerte.

Nos enviaron la solucion los mismos que remitieron la de la fuga de vocales, con excepcion de El almirante Suizo y No te muevas.

PALABRAS DESCOMPUESTAS

Auspicio—Presagio—Arpegios

La primera fué resuelta por Alpha solamente quien de este modo ha recuperado en algo su crédito comprometido por las soluciones equivocadas de otros juegos.

La segunda y tercera las descifraron Una Floridense, Alpha y los Maximines.

GEOGLÍFICO

Los duelos con pan son ménos

Fué resuelto por Rocambole y Rocambolito, El Almirante Suizo, Los Maximines y el Aspirante á Colector.

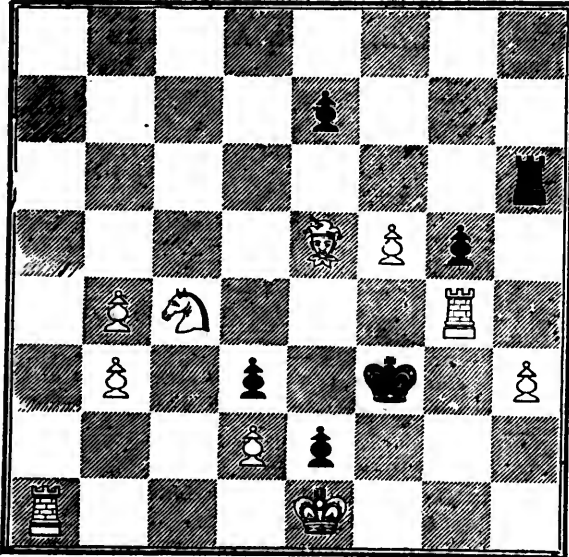
Aunque en obsequio al espacio, hemos resuelto no hacer conocer las soluciones equivocadas, hacemos una excepcion en este caso para decir

que un Bicherry nos ha remitido la siguiente solucion: «Los duélos con panza son ménos» y Brigadier Maximin esta otra: «Los duelos con un padrino ménos».

Y ya que de geroglíficos nos ocupamos, hacemos saber que en ellos son generalmente permitidas las faltas de ortografía.

Las soluciones de los juegos que hoy publicamos irán en el número próximo.

**Problema de Ajedrez por Ignotus
NEGRAS**



BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en cuatro jugadas.

CHARADAS

En las orillas de *prima* y *tercia*
Alzase ufana grande ciudad,
Mas sus delicias y sus encantos
Yo no los cambio por los de acá.

Cayó del cielo *segunda* y *tercia*
Allá en los tiempos lejanos ya,
Que de una muerte casi segura
A todo un pueblo vino à salvar.

En un instante mi *todo* pasa
Si se respira felicidad;
Mas ese instante parece un siglo
Si el alma anida triste pesar.

OTRA

Una vocal la primera;
La tercera es negacion;

La segunda con la cuarta
De los griegos era un diós;
Y de las diosas terrestres
Es el todo en el salon,
En el teatro y en la calle,
Lujo, solaz, distraccion.

FUGA DE VOCALES

P.s.nd.—p.r.—n—p..bl.—n—m.r.g.t.
Ll.v.b.—tr.s—d.l—m.l.—t.d.—n—g.t.
.l—q.—n—ch.c.—m.str.nd.—d.s.m.l.
.s.—l.—c.l.—p.r—d.tr.s—d.l—m.l.

FUGA DE CONSONANTES

.e.i.o—e.—a.o—a.—a.e.e.—e.i.i.e
.e.o.e.—a—u.o—u.—a.a.a.o—o.i.i.r;
.e.i.o.—e.o.e.—e.—e.i.i.e—a.o
i.ó—u.a—o.—y.—e.i.ó—a.—u.a.o

FUGA DE UNA LETRA SI Y UNA NO

E.—e.—m.n.o.—.m.—v.r.—n.—c.d.n.
D.—r.d.n.o.—a.—o.a
.l—a—q.e—a.e.o.—e.—c.b.z.—a.e.a
.e.ud.—e.—n.e.t.o.—a.—p.r.—a.a.b.l.

PALABRAS DESCOMPUESTAS

ALTERIO -TEUGORNA—SIPLATE—ROCCANBUL.

SALTO DE CABALLO N.º 1.

pre	va	ca	ma	Co	to	del	su
Al	po	su	lle	da	mis	bre	li
Del	mo	ga	ro	nan	mo	ver	fon
dre	va	so	del	de	an	de	cum
po	l Oh!	rior.)	fu	me	tes	do	de
le	dum	nú	con	te	la	ta	el
cuan	der	(So	mar	ve	la	cion	de
bre!	e	tas	á	lu	la	ces	al

GEROGLIFICO NÚMERO 2

